

26.º domingo ordinario A



*Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas. (Sal 24,4)*

Primera lectura

Ezequiel 18,25-28

Esto dice el Señor: – Comentáis: No es justo el proceder del Señor. Escuchad, casa de Israel: ¿es injusto mi proceder?; ¿o no es vuestro proceder el que es injusto? Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere, muere por la maldad que cometió. Y cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo, y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá.

Segunda lectura

Filipenses 2,1-5

Hermanos y hermanas: Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordés con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús.

Evangelio

Mateo 21,28-32

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: – ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en la viña". El le contestó: "No quiero". Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. El le

contestó: "Voy, señor". Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?

Contestaron: – El primero.

Jesús les dijo: – Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis.

Meditación

Partiendo de una escena familiar frecuente, la parábola de la "obediencia desobediente" y la "desobediencia obediente" esclarece una verdad de tipo religioso. Exactamente eso es lo que ocurre en la gran familia del Padre celestial, compuesta en los tiempos de Cristo por dos grupos bien definidos: los judíos y, más en concreto, los observantes, los cumplidores de la Ley, los justos, los santos... y los paganos, los no judíos de raza y los judíos que desconocían la Ley.

El segundo grupo, la gente maldita por desconocer la Ley, desobediencia obediente, está retratada en el hijo mayor de la parábola. La conducta del hijo menor, obediencia desobediente, refleja la actitud petulante de los que creían tener la exclusiva en la familia de Dios. Y precisamente por ese exclusivismo exacerbante no podían entender que Jesús alternase con los pecadores. Llegamos así a la enseñanza fundamental de la parábola. Debemos leer entre líneas el siguiente interrogante dirigido por el Maestro a los "hijos buenos": ¿No entendéis mi conducta ni por qué mi mensaje se dirige a los culpables? Por varias razones. En primer lugar, porque no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos.

Pero hay más. A los requerimientos de Dios habéis respondido vosotros con muy buenas palabras. Palabras, palabras, palabras. Pero esto no basta: "no todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Por el contrario, los publicanos, los pecadores, despreciados por vosotros como "malditos de Dios", escuchan mi llamamiento a la conversión y se han arrepentido. Cumplieron la voluntad del Padre que les invitaba, también a ellos, a trabajar en su viña. Que Jesús diese la precedencia en el reino a "aquella gente maldita" era algo inaudito, escandaloso e intolerable. Pero la razón es clara: los "impíos" aceptaron la llamada a la penitencia; los "justos" – fiados en su propia justicia, la que viene del puro cumplimiento de la ley – rechazaron al portador de la justicia salvadora y, por ello, quedaron excluidos del reino, se excluyeron a sí mismos al no querer aceptarlo. El único camino de salud es el abierto por Dios en Cristo para el hombre universal. El camino de la fe.

26.º domingo ordinario A

*Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas. (Sal 24,4)*



Primera lectura

Ezequiel 18,25-28

Esto dice el Señor: – Comentáis: No es justo el proceder del Señor. Escuchad, casa de Israel: ¿es injusto mi proceder?; ¿o no es vuestro proceder el que es injusto? Cuando el justo se aparta de su justicia, comete la maldad y muere, muere por la maldad que cometió. Y cuando el malvado se convierte de la maldad que hizo, y practica el derecho y la justicia, él mismo salva su vida. Si recapacita y se convierte de los delitos cometidos, ciertamente vivirá y no morirá.

Segunda lectura

Filipenses 2,1-11

Hermanos y hermanas: Si queréis darme el consuelo de Cristo y aliviarme con vuestro amor, si nos une el mismo Espíritu y tenéis entrañas compasivas, dadme esta gran alegría: manteneos unánimes y concordés con un mismo amor y un mismo sentir. No obréis por envidia ni por ostentación, dejaos guiar por la humildad y considerad siempre superiores a los demás. No os encerréis en vuestros intereses, sino buscad todos el interés de los demás. Tened entre vosotros los sentimientos propios de una vida en Cristo Jesús. El, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre", de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble – en el cielo, en la tierra, en el abismo –, y toda lengua proclame: "¡Jesucristo es Señor!", para gloria de Dios Padre.

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo: – ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en la viña". El le contestó: "No quiero". Pero después se arrepintió y fue. Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. El le contestó: "Voy, señor". Pero no fue. ¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?

Contestaron: – El primero.

Jesús les dijo: – Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis.

Meditación

Partiendo de una escena familiar frecuente, la parábola de la "obediencia desobediente" y la "desobediencia obediente" esclarece una verdad de tipo religioso. Exactamente eso es lo que ocurre en la gran familia del Padre celestial, compuesta en los tiempos de Cristo por dos grupos bien definidos: los judíos y, más en concreto, los observantes, los cumplidores de la Ley, los justos, los santos... y los paganos, los no judíos de raza y los judíos que desconocían la Ley. El segundo grupo, la gente maldita por desconocer la Ley, desobediencia obediente, está retratada en el hijo mayor de la parábola. La conducta del hijo menor, obediencia desobediente, refleja la actitud petulante de los que creían tener la exclusiva en la familia de Dios. Y precisamente por ese exclusivismo exacerbante no podían entender que Jesús alternase con los pecadores. Llegamos así a la enseñanza fundamental de la parábola. Debemos leer entre líneas el siguiente interrogante dirigido por el Maestro a los "hijos buenos": ¿No entendéis mi conducta ni por qué mi mensaje se dirige a los culpables? Por varias razones. En primer lugar, porque no tienen necesidad de médico los sanos sino los enfermos.

Pero hay más. A los requerimientos de Dios habéis respondido vosotros con muy buenas palabras. Palabras, palabras, palabras. Pero esto no basta: "no todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos". Por el contrario, los publicanos, los pecadores, despreciados por vosotros como "malditos de Dios", escuchan mi llamamiento a la conversión y se han arrepentido. Cumplieron la voluntad del Padre que les invitaba, también a ellos, a trabajar en su viña.

Que Jesús diese la precedencia en el reino a "aquella gente maldita" era algo inaudito, escandaloso e intolerable. Pero la razón es clara: los "impíos" aceptaron la llamada a la penitencia; los "justos" – fiados en su propia justicia, la que viene del puro cumplimiento de la ley – rechazaron al portador de la justicia salvadora y, por ello, quedaron excluidos del reino, se excluyeron a sí mismos al no querer aceptarlo. El único camino de salud es el abierto por Dios en Cristo para el hombre universal. El camino de la fe.